En mi ejército seré
El cruzado mas valiente,
Y de los hijos de Oriente,
El orgullo abatiré;
Y arrancaré con mis manos
Las lunas del musulman,
Y en su lugar se alzarán
Los pabellones cristianos....
Parto, pues, á merecerte:
A buscar combates voy:
Mi divisa será de hoy,
VICTORIA Y LEONOR, Ó MUERTE.

Un dulce beso imprimió
En la mano de su amante,
Y del lugar que miró
Su fortuna, se alejó
Aquel trovador constante.
Pronto el bosque le ocultó,
Y Leonor lanzó un suspiro;
Un suspiro que voló,
Y en el alma resonó
Del ya distante Ramiro.

UN INCENDIO.

Y aquel, tener pareoin

EL PRESENTIMIENTO.

PARTE PRIMERA.

Entré en su casa en efecto, Habiendo ántes precedido Mil juramentos, mil votos Que seria su marido. Calderon de la Barca.

T.

Era una noche de Enero:

El viento soplaba frio,

Y dos hombres en el atrio

Del templo estaban; dormido

Parecia el uno; el otro

Triste, inquieto y pensativo:

Este era un noble á juzgar

Por su espada y capotillo;

Por su arrogancia y su porte Caballeresco y altivo; Y aquel, tener parecia De escudero el ejercicio.

—Por Dios, qué noche tan cruda! Dijo uno al otro; cobarde, Despierta.—Jesus! qué tarde! Amanecemos sin duda.

—Este silencio horroroso Me parece el de la tumba; Ni siquiera el viento zumba; Todo calla.—Pesaroso

Estoy ya de haber salido
A acompañaros.—¡Qué dices?
— Nada, señor.—Infelices
Siempre los hombres han sido,

Y seràn, miéntras el mundo Ruede en el espacio imenso; Que es su padecer intenso Y su dolor es profundo. Ah! Cuântos en este instante

Desesperados, al cielo

Pedirán vano consuelo....

—Y si quien pide es amante,

Su padecer no es extremo.

— Tú no conoces, Simon,

La fuerza de una pasion.

— A vuestro pesar me temo

Que nadie se haya ahorcado
Por la fuerza del amor;
Que es malo salir, señor,
Tras de cornudo apaleado

Impacietándome vas
Con tus malditas respuestas.
Pues señor, si son aquestas
Importunas, no hableis mas;

Que ese amoroso delirio

Ni siquiera dormir me deja

Ademas, con tanta queja,

Solo aumentais el martirio . . .

No, que soy correspondido;
Nunca he sufrido desprecio.
Por lo mismo, que sois necio
En quejaros, he sentido.

—¡Yo necio! . . . calla, villano,
O vive Dios, que te mate.

—Matarme! . . . ¡Qué disparate!
¡Alzar para mí la mano!

Y si lo hiciérais, señor, ¿Quién os acompañaria Ya de noche, ya de dia, A tantas citas de amor

Como teneis?—Vive Cristo, Que, ó detienes esa lengua, Que se atreve á poner mengua En mi honor, ó no resisto

A mi colera, y te mando
A visitar à Luzbel.

—A mí que he sido tan fiel,
Mandarme á tan fiero bando!

No, señor, mirad que soy
Buen criatiano y fiel criade;
Que si soy algo menguado,
Presto á corregirme voy....

Y si dije que teneis Muchas citas, no mentí; Hubiera mentido, si Hubiera dicho que veis

Muchas damas.—Bravo medio
Para salir del apuro.

- -No señor, yo os aseguro...
- -Calla; no tienes remedio.
- --Ah! cómo tarda la una!
- Un siglo se me hace ya.
- -Gente viene por allá.
- -¿Será ronda por fortuna? . . .

No me engañaba, ronda es. ¡Maldita sea mi estrella! Mas librarme sabrán de ella En esta ocasion mis pies. Espera, cobarde, espera,
Que si te atreves á dar
Un paso, te he de matar.
¿A mi matarme? ¡quimera!

Adios; y no os aseguro

Las ganancias.—Toma y calla.

—Sin tener cota de malla!

Vive Dios, que estais muy duro....

Mas ya que quiere la suerte Entre la pared y espada Ponerme, no temo nada: Aqui esperaré la muerte

De pié firme. ¿Qué he de hacer Me quereis, señor, decir? —Callado estar, no huir, Y sin temer responder.

—Pues bien, ya vienen, Simon, Por Dios, estate aqui quedo; Desecha temor y miedo Y haz de tripas corazon. Procuró Simon tomar
Un aire arrogante, altivo,
Miéntras Don Juan se ocultaba
Para no ser conocido:
Se acercó entónces la ronda,
Que guardando aquel recinto
Andaba; y al ver dos hombres,
Los creyera foragidos.

R.—Hola! ¿quién sois?—S. Un hidalgo Que á solazar viene aquí.
R.—¡Quereis burlaros de mí?
Ved que soy alcalde, y valgo

Mas de lo que vos pensais. S.—A solazar vengo, cierto: No me burlo ni de un muerto. R.—i.Pues como aquí solazais

Siendo una noche de invierno? Que si fuera de verano . . . S.—Dadme aquí, Señor, la mano. R.—Responded, por el infierno, O á la cárcel vais á dar Llevadle . . . S.—Cuerpo de Cristo!

Jamas tan gorda la he visto,

Santa vírgen del Pilar!

J.—Soltadle, ō viven los cielos,
Que os haga dos mil pedazos.
S.—Ay! que me rompen los brazos
Por causa de tus desvelos.

R.—Y vos quién sois, que orgulloso Pretendeis mandarme? J.—Soy... S.—Don Juan de Armendia y Godoy, Venid, libradme piadoso.

elevator i mo om or con ti--. Il

R.—Soltadle; que venga aquí; Y vos, señor, dispensad La equivocacion; quedad Con Dios. S.—De buena salí.

Y la ronda prosiguió
Con jácara su camino,
Miéntras Don Juan y Simon
Quedaron en aquel sitio:

Don Juan, volviendo á la vaina
La espada de doble filo,
Y Simon, dando á los diablos
La influencia de su sino.
Mas éste presto entregõse
A un sueño dulce y tranquilo,
Como el hombre que de penas
Su pecho tiene vacío,
Miéntras Don Juan, cuyo rostro
Revelaba los martirios
Del corazon, exclamaba
Con un temblor convulsivo:

Luisa me adora; la amo con ternura;
Y sin embargo, tétrica amargura
Niega á mi corazon paz y consuelo.
Dentro de poco en su agitado seno
Mi cabeza pondré: ¡cuántas delicias!
Derramarán sus plácidas caricias
Sobre este pecho de tormentos lleno!....
La mujer....la mujer....es ángel puro,
Que Dios al hombre ofrece en compañía;
Es la dulce esperanza que nos guia
De la felicidad al bien seguro....

Pero este peso que me oprime el alma, ¿Qué funestos pesares me predice? Yo me sueño feliz; y álguien me dice: "Ya no en tu pecho habitará la calma."

Calló; de dolor profundo

Lanzó un lúgubre suspiro,

Que hendiendo el viento sonoro,

Repitió el eco tranquilo.

Se envolvió en su ferreruelo,

Y en la espada que en el cinto

Ostentaba, apoyó triste

Su brazo desfallecido.

Derramaran sas placida II richas Sobre este peako de torracutos lleno! . . .

Dented de pogo en su seri todo seno

En la Catedral soberbia
Las doce sonaban ya:
Desierta estaba la plaza,
Lóbrega, oscura ademas:

México entónces no era Esta opulenta ciudad, Cuya frente magestuosa Brillante y pura hoy está: Calles sucias, asquerosas, Y acequias turbias no mas, Se veian por dó quiera, Y de noche oscuridad. Era lúgubre su aspecto; El silencio sepulcral: Parecia que sus alas De agüero triste y fatal, Siempre tendidas tenia Sobre esta yerta ciudad, El genio de las tinieblas, Del misterioso callar. De la plaza en el recinto Se alzaba la Catedral, Soberbia, cual se levanta El gigantesco volcan. La circundaban las casas De los nobles; y ademas De los altivos vireyes El palacio, dó quizá

Era mas el esplendor,
Mayor la suntuosidad,
Que en los alcázares regios
Del católico sultan.

Allf en el atrio del templo Don Juan está aun sentado, La dulce voz de su amada Con impaciencia aguardando El viento soplaba apénas; El silencio era extremado, Y solo el grito del buho Se oia de cuando en cuando, Cuyo acento misterioso Daba miedo y sobresalto: Todo oscuro estaba, todo, Ni el melancólico rayo, De la luna se miraba, Cual otras veces callado. Bañar con su luz divina De la Catedral el atrio.

Por su costado derecho Se alzaba un edificio alto, Digna morada de un noble, Que hoy es casa del Estado. Allf respiraba un ser De Don Juan el alma caro; Una mujer, un tesoro, Para un hombre apasionado. Una hora hacia que triste Estaba ellí meditando, De su corazon sensible En el funesto presagio: Cerca de la dicha estaba; Mas temblaba, sin embargo, Porque en su pecho sentia Pesar de hierro una mano; Y la copa del placer Temia acercar al labio, Porque era presa infeliz De mortales sobresaltos; Porque á veces se fascina La mente de los humanos, Cuando el juguete se juzgan De su destino tirano.

Sonó la una: Don Juan La escuchó sobresaltado; Se acercó á Simon; hablóle Volviendo el rostro á sus lados: El escudero cobarde Desperto refunfuñando, Que mas quisiera dormir Que acompañar á su amo; Y echaron á andar los dos Con paso precipitado, Y de la casa de en frente Bajo el balcon se pararon. Pronto el rechinar de un gonce Oyeron los dos abajo, Y escucharon de una dama El acento enamorado.

Don Juan, la escala tened,
Dijo; subid presuroso.
Y tú, Simon, silencioso
Aguárdame. — Qué merced!

Porque era press michig

Así del padre el cuidado, Mujeres locas, burlais:

Duerme quieto, y le engañais,

Cuando mas se cree honrado.

De la méjica iéven el restro,

De una lampara al vivo fulgor,

Puso la escala Don Juan, use de la Y subió precipitado:
Entró; cerróse el balcon, use de Y Y Simon quedó aguardando

PARTE SEGUNDA.

Mado, absorto, la inagen de Dios.

LAS ILUSIONES.

Cielos, quitadme el temor, Pues que me dais la esperanza.

Junto a clia extariado quedo.

Lope de la Vega.

Reclinados en blandos cojines, Recamados de rica labor, Donde brillan la plata y el oro, Y las perlas de Oriente blason; Dos personas están silenciosas, Embriagadas de gozo y de amor: Son Don Juan y Lüisa, que brilla Mas hermosa, mas pura que el sol. De la májica jóven el rostro, De una lámpara al vivo fulgor, Se descubre hechicero y divino, Cual de un sueño la dulce ilusion; Y el mancebo contempla las gracias De aquel rostro, que anima el amor, Cual contempla devoto cristiano Mudo, absorto, la imagen de Dios. La alegría, el placer, el contento, De Don Juan embargaban la voz; Y al mirer de su amante el encanto, Junto á ella extasiado quedó. Impacientes sus ojos la miran, Y la cubren de dulce rubor; Y rompiendo el silencio, la dice Poseido de ardiente pasion:

Reclinados en blandos colinos.

-¡Qué momentos tan plácidos, Luisa! ¡Quién envidia en tus brazos divinos, De los hombres los altos destinos, La riqueza y el vano poder! Ese aliento balsámico y puro Que despiden tus labios ardientes, Embebece mi alma, mo sientes Como agita mi pecho el placer? El gobierno del mundo trocara Por tan dulces instantes, mi Luisa; Por mirar tu hechicera sonrisa Todo diera.... si no es el honor..... -El honor! pronunció ya tu labio, Ese nombre sublime y sagrado; Fé perpetua, Don Juan, me has jurado.... -Nada temas, mi vida, mi amor. -Nada temo, Don Juan: ¿á tu lado, Qué temor asaltarme podria? Oh! ninguno, que mi alma se fia En el que ama con célico ardor. -, Angel puro, me adoras? - Te adoro. -Y este pecho que oprime mi alma, ¿Por qué ¡cielos! me quita la calma En los dulces instantes de amor?

-Tu padeces, Don Juan, y me ocultas De tu pena los crueles horrores: Dí, Don Juan...-No, mi Luisa, de amores Solo ahora debemos hablar. -No, Don Juan, cual tú dices me adoras, Cuando temes tus penas confiarme. -Mi silencio, mi bien, no te alarme, Que no quiero tu gozo turbar.... No padezco.—Imprudente! pretendes Engañarme con falsa apariencia, Cuando amarga tu triste existencia Algnn negro, funesto pesar. - No te aflijas, no llores, bien mio: Oye, escucha, la pena que siento. -Habla presto, y abrevia el tormento Que comienza mi alma á agobiar.

De México en la orilla
Silencioso vagaba,
Cuando el sol declinaba
Al ocaso con fúlgido arrebol;
Y ocupado en tí sola
Mi pensamiento vago,
Flotaba al dulce halago
De los recuerdos de un feliz amor.

Allí te vi en un trono

De magestad velada;
Y tierna, alborozada,
Dirigirte à mi lado te miré;
Mas luego ante mis ojos

Tendióse un velo oscuro,
Y huyó tu encanto puro,
Y un acento fatídico escuché,

Que me dijo terrible,
Cual la voz del trueno:
"Huye, que ya en el seno
Del Eterno reposa esta mujer."
Al resonar, rompióse
El tenebroso velo;
Y te miré en el cielo,
Y yo en la tierra mísero quedé.

Desfallecido entónces, Cual herido de un rayo, Caf en letal desmayo, Que todos mis sentidos embargó; Pero volviendo luego De aquel sopor profundo, Me hallé en el triste mundo Cual ántes de la mágica vision. Y de entónces me oprimen Un peso y un tormento.... Fatal presentimiento De súbitos pesares y dolor. Esta, Luisa, es la pena Que despedaza el alma, Que me roba la calma En los dulces instantes del amor.

—Nada temas, Don Juan, ¿quién podria Separarme ya mas de tu lado? Tú no me amas? Tú no eres amado? Qué mas quieres?—Ya nada, mi bien. —Las visiones de tu alma exaltada, Son delirios de amante querido, Que en las horas ociosas perdido, Busca tregua al continuo placer. -Reanima mi espíritu débil
Sí, mujer, que los cielos te hicieron,
Y alma pura, divina, te dieron
Para alivio del pobre mortal.
Tus palabras, ¿qué magia contienen
Que persuaden al hombre mas fiero?
-El amor, por mi boca hechicero,
Es el que habla este idioma, Don Juan.
-Dices bien; el idioma divino

De ese amor, que es del mundo la esencia,
Que embellece la triste existencia,
De dulzura tus labios llenó.
Y tú me amas? y crédulo doy
A funestos presagios cabida
En mi pecho?.... ya no, que mi vida
A la tuya le liga el amor.

Ni Dios mismo podrá separarnos

De hoy, mi Luisa.... tú lloras? — De gozo

Sí, Don Juan, que un divino alborozo

Este llanto me obliga á verter.

— Ese llanto, mi Luisa, es mas puro

Que el rocío que cubre los prados....

Ah! mis miembros están abrasados

Por el fuego de fiebre crüel.

-En mi seno reclina tu frente.

-¡Sientes, Luisa, mi aliento de fuego?

Por piedad, mujer bella, te ruego

Que me dejes mi llama templar

En tus labios ...—¡Qué puedo negarte,
Si me adoras, Don Juan, con exceso?

-Ni qué puedo pedirte, si un beso

El mortal mas dichoso me hará?

El entónces, de Luisa en los labios
Dulce beso gozoso imprimió;
Se estrecharon, y lánguidamente
Se adurmieron al soplo de amor.

PARTE TERCERA. A la tuya la A

LA REALIDAD.

Fué siempre el alma en los hombres, El adivino mejor.

A funestos presentos cabida

Lope de la Vega.

En los aires de lúgubre campana, Graves sonidos pavorosos vibran Lentos, pausados, cual de viejo endeble Los pasos vacilantes; horrorizan Y sobrecojen, de la noche triste di constitution En el silencio, el alma pensativa. so sofob all Nueve toques van ya: la voz del ángel, Que en el tremendo postrimero diami no ono Convocará los hombres ante el trono A aparecer de magestad divina, amas al off No sonará con tan patente influjo (al ob Y Del protervo en el alma endurecida, Como ese toque que los aires hiende, o and Y cuyos ecos en el cielo expiran. Dio la ridua Esa campana, ¡qué misterio encierra, Que se levanta súbito al oirla babato al ell El indolente cortesano, y corre, admit al Y Y vuela presuroso á donde gritan, a obnasio Como el ave medrosa que abandona entre Y Su dulce nido en la tormenta impía? met el Tiembla la vírgen tímida; el mancebo mano Del hogar paternal se precipita; sang se one I Y alza â los cielos sus temblosos brazos, o A El viejo débil que el temor fatiga. dema enQ En vez de oscuridad, hora en las calles I Las rojas luces esplendentes brillan, menos II De teas mil que por do quier se encienden Y que los vientos sin cesar agitan.